

LOS FRACASOS DE McNAMARA

por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

SE ha ido McNamara, ha dejado de ser Secretario de Defensa de los Estados Unidos, y esta noticia no supone ningún alivio en la tensión de guerra. Se ha comparado a McNamara muchas veces con un computador, con una máquina electrónica de dirigir el esfuerzo militar de los Estados Unidos; se teme que, ahora, esta máquina sea

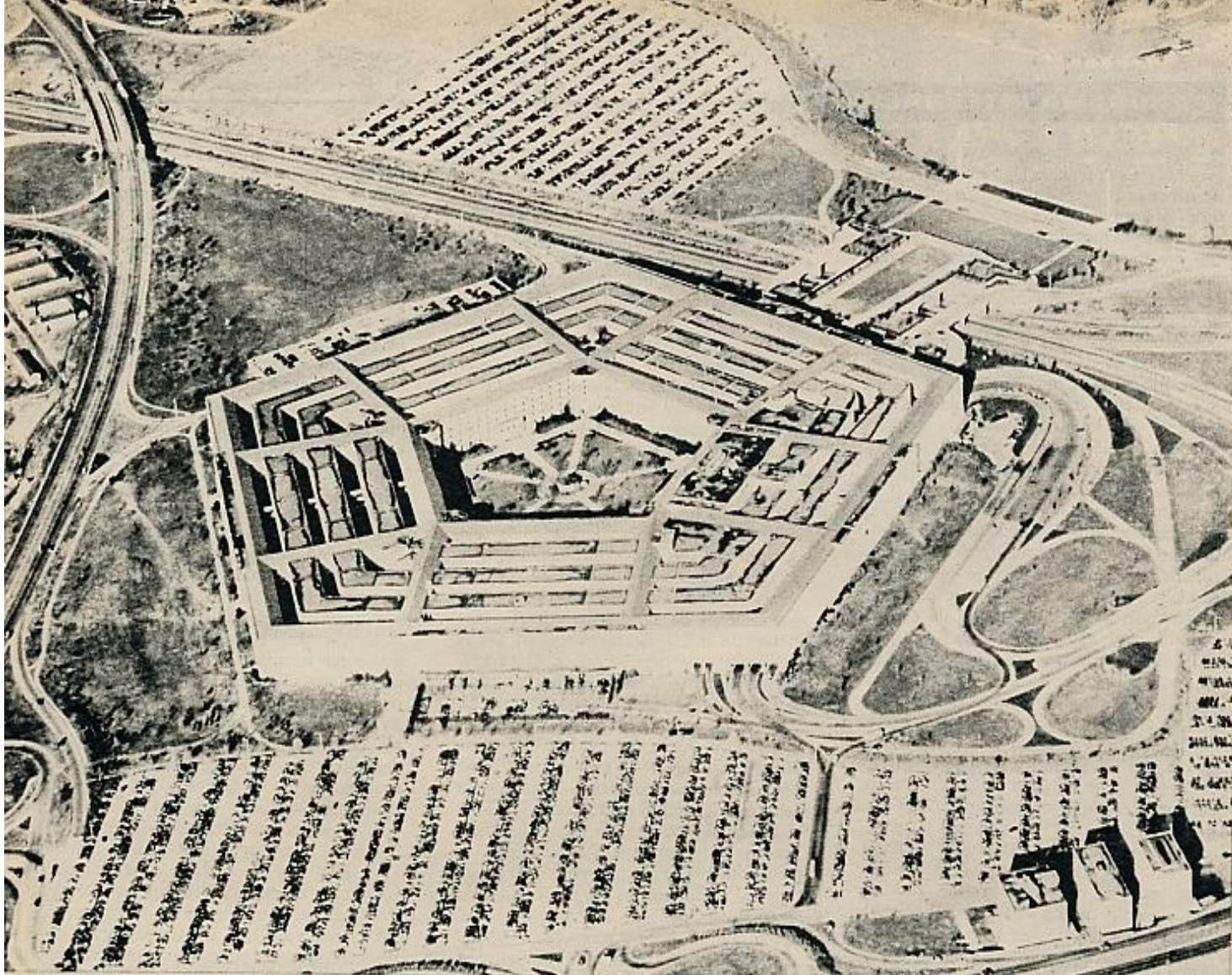
sustituida simplemente por un hombre, y que la guerra gane en crueldad y en dureza. Es muy posible. Se habla ya de desembarco en el Vietnam del Norte, de ataque frontal sobre Camboya, de inclusión de Tailandia, decidida y definitivamente, en la guerra; se habla de que el conflicto se puede extender hasta sus últimas consecuencias. Es, quizá, una exageración. Hay, naturalmente, sobre la

dimisión de McNamara, el velo de discreción y de ocultamiento que es básico en la política americana —antes tan locuaz— de los últimos tiempos; este velo aparece rasgado por los rumores, los pronósticos, los pesimismo.

Se atribuye, generalmente, a una polémica con el General Westmoreland esta caída del gran cerebro electrónico del Pentágono; se

Robert McNamara y el presidente Johnson, poco antes de que el primero abandonara la secretaría de Defensa, para hacerse cargo de la dirección del Banco Mundial. El motivo de su salida del Gobierno USA está en el fracaso del «Instrumento técnico» de la guerra del Vietnam: la escalada. El fracaso se paga siempre.





Vista aérea del Pentágono (departamento de Defensa USA): una gran empresa que posee trece millones de hectáreas en los Estados Unidos y un millón de hectáreas en tierras extranjeras en forma de bases militares. El informe Cordiner, publicado hace años, establecía sus bienes totales en ocho billones de pesetas.

entiende que Westmoreland necesita barrer todos los límites políticos a su acción militar, y que McNamara se los ponía. Si Clemenceau sostenía, en la primera guerra mundial, la paradoja de que «la guerra es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares», puede atribuirse a Westmoreland la respuesta de que la guerra es algo demasiado serio como para dejarlo en manos de los políticos. De esta forma se llega a una simplificación del tema que, como todas las simplificaciones, encierra graves errores. Se llega a la simplificación de presentar a McNamara como un político civil envuelto en una guerra, a pesar suyo, y conduciéndola, por lo tanto, con contradicción y como un hecho provisional, del que hay que salir lo mejor que se pueda, y a Westmoreland como un militar para quien la guerra es no sólo un hecho profesional, sino también vocacional: un guerrero, simplemente. La verdad es que ninguno de los dos personajes responde a esa simplificación. McNamara no es exactamente un político; Westmoreland no responde a esa versión caricaturesca del militar. McNamara tiene una pasión científica y administrativa: fue director de la Ford, la casa a quien se atribuye haber sido la primera en aplicar la organización moderna de la producción y de la racionalización del trabajo, y ahora va a ser el Presidente del Banco Mundial. Es decir, es un organizador y un adminis-

trador profesional, que puede manejar, desde un primer despacho, cualquier material que se produzca al final de la cadena: automóviles, material para el tercer mundo o concentración de fuego sobre tropas enemigas. Es esta peligrosísima síntesis, propia de nuestro tiempo, que llamamos un técnico y que tiene una deformación aún peor: un tecnócrata. Queda dicho: una máquina electrónica, a quien se alimenta con unas fichas perforadas, con una colección de datos y que responde a esta información con una solución presuntamente exacta. Se suele decir que, en el último año de su carrera en el Gobierno, se había introducido en esa máquina una especie de cuerpo extraño, una especie de avería: el humanismo, la meditación. Se suele decir que se había vuelto poco menos que pacifista, y que ello enturbiaba la perfección de sus cálculos. Es más que probable que haya ocurrido a la inversa: que la comprobación ya casi diaria de sus errores, de la inutilidad de la máquina en una guerra como la del Vietnam, donde el horizonte moral y mental es enormemente amplio, hubiese podido llevarle hacia una reflexión. Si alguien no podía olvidar sus errores era él mismo, este enormemente lúcido personaje. No podía olvidar que, el 19 de febrero de 1964, McNamara decía al país: «Los Estados Unidos esperan poder retirar la mayor parte de sus tropas del Vietnam del Sur antes de que termine

1965». En el momento en que pronunciaba esa frase había menos de veinte mil soldados comprometidos en la guerra del Vietnam, contando con la infantería, la marina, el cuerpo de infantería de marina y la aviación. Hacia finales de 1965, en la fecha profetizada por McNamara para la retirada de «la mayor parte», había, en cambio, 165.700; hoy, al terminar 1967, se calcula el número de soldados americanos comprometidos en el cuerpo expedicionario en unos quinientos mil, se bombardea incesantemente el Vietnam del Norte, se ejerce presión sobre los países vecinos, y lo que es realmente grave es que la guerra está muy lejos de ser ganada, y que, precisamente, en los días previos a la retirada de McNamara, y aún hoy, la iniciativa de las acciones militares ha pasado a ser de los guerrilleros vietnamitas. Cuando hablaba McNamara, morían relativamente pocos americanos en el Vietnam. Habían muerto 77, en 1963; murieron 146, en 1964; 1.365, en 1965; unos 5.000, en 1966, y cuando se haga el balance de 1967, se llegará a cifras más importantes.

Es decir, que si el error, la contradicción consigo mismo y la ineficacia fuesen suficientes como para desacreditar a un político y expulsarle de su despacho y de la vida política para siempre, la caída de McNamara —cuyo error es aún más imperdonable, porque, como queda dicho, no es **SIGUE**

exactamente un político, sino un tecnócrata—no necesitaría mayor explicación ni comentario. Se trata de un fracasado. Ha fracasado su instrumento técnico principal, la «escalada», o respuesta gradual. Se ha comprobado que es una teoría absurda. Desgraciadamente, nos hemos ido acostumbrando, en los últimos tiempos —sin duda, porque no nos queda otro remedio—, a que el fracaso de un político no es causa suficiente para su desaparición de la vida pública. Por eso se le buscan otras razones a la caída de McNamara, y se busca la presión de Westmoreland y de los militares para justificarla. Nada sería más justo y razonable: sobre los militares pesa la responsabilidad directa de la guerra, son sus hombres los que mueren y su material el que se destruye. Westmoreland no es, repito, la caricatura de un general. Es un hombre dotado de sensibilidad política, un excelente teórico, un gran narrador, dotado de la capacidad de persuasión necesaria como para mantener suspendido de sus palabras al difícil senado de los Estados Unidos. Westmoreland tiene hoy la fuerza y el prestigio suficientes como para poder señalar el fracaso de McNamara: tiene, más aún, el prestigio y la fuerza como para optar un día a la Presidencia de la nación, y se ha hablado ya de ello repetidamente. Sólo le falta poder ganar una guerra, como fue el caso de Eisenhower, quien, sin duda, tenía menores virtudes militares que las que tiene Westmoreland, pero a quien las circunstancias de la II Guerra Mundial elevaron al papel de héroe nacional, aunque dilapidase luego su prestigio en el mal ejercicio de la política y lo siga gastando ya hoy en frases fuera de lugar. En los últimos meses, la disputa entre McNamara y el general se había agriado de tal forma —Westmoreland insistiendo en la necesidad de acrecentar de una vez y definitivamente el esfuerzo de guerra; McNamara sosteniendo su política de gradación— que se hablaba insistentemente de que Westmoreland sería destituido, como lo fue McArthur, durante la guerra de Corea, por sostener una posición similar. El destituido ha sido McNamara, y Westmoreland recibió hace poco tiempo nuevos poderes.

Sin embargo, tampoco sería realista atribuir a este choque entre dos prohombres el cambio de cerebro en el despacho de mando de la secretaría de defensa. El problema de McNamara cala más hondo. Habría que plantearse si su fracaso es sólo suyo, o el de una política general; habría que plantearse, una vez más, si los Estados Unidos tienen una política o son víctimas de una conflagración de políticas contradictorias. Habría que preguntarse quién, realmente, manda en los Estados Unidos, si es que manda alguien. Pero lo que entre todo este laberinto es claro y cierto es que en los últimos tiempos McNamara se había enfrentado con uno de los grupos de poder más importantes del país, por no decir el más importante: el de la industria de guerra, y el de la coalición entre algunos militares y la industria de guerra. En su supuesto pacifismo o, en lo que más justamente se debe considerar, en su reflexión sobre el fallo de unos métodos, McNamara se inclinaba claramente hacia una suspensión de los bombardeos de Vietnam del Norte y se oponía con toda su tozudez —que es

mucha— al enorme desembolso que suponía la creación de un cinturón de defensa de ABM —de proyectiles anti-proyectiles—, lo cual contrariaba notablemente unos importantes intereses. McNamara, administrativo por excelencia, trataba de suprimir gastos que le parecían inútiles y sostenía la tesis —derivada de la escalada, o del juego de la guerra («war game»)— de que la mejor respuesta a un posible ataque seguía siendo la capacidad de destrucción del enemigo. Los diez mil millones de dólares que hubiese supuesto —o que supondrá, si se realiza, ahora que él no está— el «cinturón defensivo», le parecían un despilfarro. Su período de la casa Ford no le permitía soportar un hecho así. Quería administrar el ejército de los Estados Unidos como una empresa. Y es, en efecto, una empresa, pero de una enorme complejidad.

El Pentágono es una empresa que posee trece millones de hectáreas en los Estados Unidos, un millón de hectáreas en tierras extranjeras en forma de bases. El informe Cordiner, publicado hace ya muchos años, establecía sus bienes totales en ocho billones de pesetas. Si se suman los bienes de las cinco empresas más importantes de los Estados Unidos —la United States Steel, la American Telephone and Telegraph, la Metropolitan Insurance Company, la General Motors, la Standard Oil— resultan inferiores a las posesiones del Pentágono. Si se suma lo que estas cinco empresas pagan en concepto de salarios, no se obtiene más que la tercera parte de lo que paga el Pentágono por los mismos conceptos.

Estos enormes bienes del ejército más

poderoso del mundo los administra el secretario de Defensa y los generales adjuntos y jefes de departamento. Con ese dinero se compra material de guerra. El ejército americano no fabrica su material: lo compra, lo encarga a compañías privadas. No siempre se compra mediante concurso, sino por adquisición directa. Aproximadamente, un centenar de empresas privadas son las principales suministradoras del ejército; de ellas, las diez principales se reparten la cuarta parte del presupuesto militar. La economía de ciertos estados americanos reposa estrictamente sobre la industria de guerra. La producción de «misiles» suponía el 82 por ciento de todos los puestos de trabajo industriales en San Diego, el 72 por ciento en Wichita, el 53 por ciento en Seattle. Los contratos de material de guerra requerían el 30 por ciento de toda la mano de obra industrial en los estados de Kansas, Washington, Nuevo México, California y Connecticut (datos de 1959: es posible imaginar hasta qué punto habrán aumentado ahora). Cada año las cajas del Estado de California reciben 5.000 millones de dólares procedentes de las industrias de defensa. En Los Angeles, por lo menos la mitad de los empleos dependen directa e indirectamente de la continuación en los gastos de defensa y armamento. Es posible que los últimos aumentos del presupuesto de defensa de los Estados Unidos hayan hecho que entre un 40 y un 50 por ciento de toda la actividad económica americana dependa de alguna forma de los gastos militares.

Es inútil decir que la administración de unas potencias financieras e industriales

La guerra del Vietnam ha costado el cargo a McNamara. En la foto, una víctima de los bombardeos de napalm, con las manos destrozadas, es presentada al tribunal Russell, reunido ahora en Roskilde (Dinamarca).



de esa magnitud hayan sufrido continuamente sospechas de corrupción. Se ha llegado a demostraciones flagrantes. Una comisión del Congreso llegó a establecer en 1964 que uno de los principales suministradores del ejército, la «Douglas Aircraft», había realizado un beneficio de 60 millones de pesetas de un encargo que representaba un total de 180 millones: es decir, un beneficio del 30 por ciento. Una comisión de la cámara de representantes, la llamada Comisión Hebert, se inquietó al considerar que unos 1.400 militares retirados —de comandante a general; el número de generales retirados se establecía en 261— estaban precisamente empleados en las cien compañías que se repartían el presupuesto para suministro de material militar. La General Dynamics tenía 187 antiguos militares empleados, entre ellos 27 generales y almirantes; su presidente era Frank Pace, antiguo secretario del Ejército. Y precisamente la General Dynamics era la que recibía los contratos más importantes. El caso del General McNamara había preocupado ya a los investigadores. En febrero de 1952 se retiró y se convirtió en presidente de la Convair automáticamente, con un salario de cuatro millones de pesetas al año, mediante un contrato que le aseguraba ese puesto durante cinco años, al final del cual se convertía en consejero de la compañía con millón y medio de pesetas al año, durante diez años. Ahora bien, la división Convair es una parte de la General Dynamics, fabricante del bombardero B-36m y ocurría que el General McNamara había defendido enérgicamente, cuando estaba en

activo, la adquisición y el empleo de bombarderos B-36. Ante la comisión que investigó estos hechos el General aseguró que en el momento en que se decidió la compra de los B-36 no tenía ninguna oferta de esa empresa, ni la sospechaba, ni la hubiese aceptado.

Estos breves y someros ejemplos, tomados un poco al azar de un importante expediente, sirven únicamente para demostrar hasta qué punto puede ser peligroso para la economía del país el que un secretario de Defensa se vuelva excesivamente administrativo; si, como se ha dicho de McNamara, resulta pacifista, la situación es más que alarmante. Eisenhower, en su discurso de despedida —enero de 1961— se había limitado ya a constatar el nuevo perfil económico que había tomado el país: «Esta conjunción de un personal militar considerable y de una importante industria de armamentos constituye un hecho nuevo en la experiencia americana. Su influencia económica, política y hasta espiritual se hace sentir en todas las ciudades, en todas las asambleas de estados, en todos los despachos del gobierno federal». A Eisenhower le sucedía en aquel mismo momento Kennedy, que en 1962 se vio obligado a iniciar una política de coexistencia y de principio de desarme que no coincidía con el «hecho nuevo» enunciado por Eisenhower; no sabemos si la hubiese podido continuar, porque fue asesinado en 1963. McNamara era ya ministro de la guerra —secretario de Defensa, en la lexicología americana— con Kennedy; siguió siéndolo con Johnson, pero la política de coexistencia se reconvirtió al



aparecer el nuevo enemigo en el Vietnam, en Asia, en la llamada amenaza china.

Los bienes que tendrá que administrar ahora, al presidir el Banco Mundial, nombre breve del Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo, son notablemente inferiores. Son los destinados al desarrollo de los países miembros —especialmente el tercer mundo— y canalizar las inversiones de capital para mejorar la producción mundial. Desde 1946 a 1963, o sea en diecisiete años, el Banco realizó operaciones de préstamo por valor de 7.465 millones de dólares. En 1964 el capital suscrito por sus 102 miembros era de 21.186 millones de dólares. No es seguro que se vea libre de la presión de la industria de guerra en este nuevo puesto; no es seguro, siquiera, que lo intente. McNamara ha sido siempre partidario de acrecentar la ayuda al tercer mundo y va a tener ahora ocasión de hacerlo, pero ha creído siempre que parte de esa ayuda debe ser hecha en material militar. Hace unos dos años decía: «El balance de fuerzas en el mundo de hoy debe estar equilibrado por amigos sólidos, bien armados, dispuestos a hacer una parte del trabajo. El programa de ayuda militar está destinado a reforzar aún más este equilibrio. Ayuda a las fuerzas armadas complementarias de nuestras propias fuerzas». Puede ser que en su nuevo puesto mantenga los mismos ideales. Hace poco tiempo el Banco Mundial ha sido acusado de realizar parte de sus préstamos a pequeños países para la adquisición de armas y municiones que al mismo tiempo que no mejoraban la economía de los países así ayudados, proporcionaban al mundo pequeñas guerras, golpes de estado y situaciones latentes de amenaza para la paz mundial. E. H. T.

Parece que el general Westmoreland no fue el causante de la caída de McNamara, a pesar de las discrepancias existentes entre uno y otro. En la foto, el comandante de las fuerzas USA en Vietnam, con Johnson.

